



EL LABERINTO DEL OGRO

EL MAGNICIDIO QUE CAMBIÓ EL FUTURO DE UN PAÍS

Pedro Víctor Fernández

EL LABERINTO DEL OGRO

EL MAGNICIDIO QUE CAMBIÓ EL FUTURO DE UN PAÍS



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Víctor Fernández

ISBN: 978-84-10082-20-5

ISBN digital: 978-84-10082-21-2

Depósito legal: M-33254-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Pedro, Rosario e Ino, tres vidas muy vividas,
llenas de trabajo duro y orgullo de familia.*

La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira.

J. L. REVEL

El atentado (de Carrero Blanco) fue el acto de violencia individual más decisivo en España desde la muerte de Calvo Sotelo, en 1936.

STANLEY G. PAYNE

Quid pro quo. Algo a cambio de algo. ¿Conocían los del Ministerio de la Gobernación la trama para asesinar a Carrero? *Quid prodest.* ¿Quién se benefició de su muerte?

MANUEL CERDÁN,
Matar a Carrero

Índice

1 Aceituno aborrece la ciudad.....	13
2 Pagar o morir.....	29
3 Un takeño con voz de orfeón.....	37
4 Si boxea Urtain, victoria segura	49
5 El coronel ya tiene quien le escriba.....	59
6 Dos gañanes en la corte.....	73
7 Wilson sabe inglés.....	83
8 Al vent	91
9 Un cliente en Mindanao.....	99
10 Ezkerra toca teclas sin estudiar piano	113
11 Excursión al norte	127
12 Beber para recordar.....	139
13 El espía que jugaba al golf	149
14 Todos son mis enemigos	165
15 Regiones vigiladas	177
16 Montañismo con tiro al blanco	189
17 Compartir mantel y oficio	205

18 El escultor pistolero	217
19 Falla el carburador del Morris.....	231
20 El judío que admiraba a Maquiavelo.....	241
21 La mano experta	253
22 Desayuno con dinamita	259
23 Limosna a Caronte	271
24 Misterios sin resolver	277
25 El agente de la gabardina.....	291
Nota del autor.....	299

Aceituno aborrece la ciudad

Despuntaba en su máscara inexpresiva una mirada desafiante, envuelta en aires descuidados y excitada por la curiosidad. Arrastraba a su espalda una vida hecha a dentelladas, cargada de experiencias a menudo desquiciantes. Había aprendido a respirar hondo para llenar el pecho de aire y sobrevivir a un tiempo de lucha. No necesitaba indagar detrás de los hechos, solo concentrarse en lo inmediato y salir airoso de las geometrías variables que surgían en el camino. Aquella aventura había empezado el mismo día que abandonó el taller de recambios para entrar en la organización armada, decidido a convertirse en el euskaldun que había soñado ser. Una perilla malévola le roía la cara, anunciando a los cuatro vientos que la crueldad puede llegar a ser contagiosa. Aceituno —nombre de guerra— estaba dispuesto a buscar con los puños cerrados la victoria de los suyos, el paisaje perdido de sus antepasados, la nación que moraba en los idílicos valles y labraba la tierra húmeda. Su patria era la madre eterna y protectora, habitada por pastores de rebaños, leñadores y gentes de caserío. Sentía en sus tripas que el pasado se parecía a un intruso imposible de mantener a raya, en un tiempo en que los jefes de la organización decidieron cruzar los límites del árbol Malato. Hasta ese árbol herido por la espada se remontaba la leyenda ancestral que señala la marca medieval del señorío de Vizcaya. Siendo un niño, aprendió en la ikastola que 1.000 años antes los vascos habían ganado la batalla al herrumbroso rei-

no de León. Nadie de sus amigos y conocidos se sentían parte de España, incapaces de formar yunta con un engendro de país hecho a base de maldad, represión y dolor. El nacionalismo de Aceituno clamaba odio; odio y saña.

Dueño de un fino olfato, era capaz de asociar los olores al peligro real. A veces le dolía la herida del muslo, producida por una bala en un encontronazo con la Guardia Civil. Ese era el motivo por el que ardía como una tea ante el deseo de convertirse en un gudari, tanto que un día se olvidó para siempre de que no había verdadera pureza en sus raíces vascas. En realidad, una rama de su sangre la había traído el viento de la emigración. Por eso lo llamaban Aceituno. Su abuelo provenía de Jaén. Abuelo aceitunero y nieto etarra, balbuceaba en voz baja, sumido en un silencio de frustración. Corto de estatura, hirsuto, de espaldas anchas, perilla del color del carbón y patillas generosas, vestía camisas de cuellos puntiagudos y jerséis de lana. Su boca dibujaba un perfil de rudeza y no acostumbraba a callar jamás. Siendo un chaval, ya parecía una cordillera en erupción, con la mirada dura como el hierro que transporta el Nervión. Le habían detenido dos veces y en ambas la policía lo interrogó con los mismos modales que al asesino de Entrevías. En una lúgubre sala centelleaban los ojos de sus torturadores, cuya lacerante superioridad se dejaba sentir tras la luz de un flexo de latón que actuaba de testigo mudo.

Había jurado vengarse después de aquellas vejaciones, derramar sangre enemiga para taponar su propia herida. Cuando pensaba en ello, se le inundaba la boca de una humedad amarga, de corcho bañado en hiel. Después de los juicios de Burgos, la organización independentista vasca había hablado con claridad: era necesario extenderse, abrir el campo de operaciones, por eso lo enviaban a sondear acciones armadas en Madrid, en el corazón de aquella fétida dictadura. Aceituno había quemado sus mejores años entre quimeras de héroe y estrecheces culturales, convencido de que la viga de la esclavitud aplastaba a su pueblo, así que solo había una respuesta: dar caña, soltar plomo, apilar cadáveres enemigos. Los

hombres, pensaba, no cambian de bando en las luchas que libran; eso jamás, porque no es propio de un buen hijo aborrecer sus raíces.

—Te acompañará Argala —el comunicado le llegó dentro del periódico que un mensajero, tras la señal de complicidad, dejó aparentemente olvidado en la barra de un bar de Galdákano. Conocía a Argala; era un planificador concienzudo, un etarra de corazón puro, dueño de movimientos pautados a conciencia. Recordaba su olor. La piel y la ropa de Argala olían a bosques de hayas y hierba recién cortada, a noche de centinela que busca sangre caliente para cambiarla por la libertad del pueblo que sufre. Argala el juicioso. Argala el patriota. Los ojos de Argala poseían un brillo de espuma, de lluvia densa sobre los valles salpicados de manzanos.

Tres días después, ambos partieron con desgana de la estación de San Sebastián, casi sin equipaje. Sus miradas retenían la amargura del exiliado, engullidos en un camino de pisadas desconocidas que trataban de aguijonear sus pensamientos, aunque ninguno resultaba tan seductor como gritar a voces la belleza de los montes vascos. Cruzaron Castilla pegados al cristal de la ventanilla, mecidos por el traqueteo del vagón. Desde el asiento, los postes desfilaban con la rapidez del cine mudo. Les pareció una geografía austera y seca, llanuras inmensas de cereal y matorrales, un paisaje carente de atractivo. Mientras se adentraban en aquella tierra hostil, crecía en ellos la sospecha de que en la meseta solo vivían gentes al acecho de cuanto les era extraño. Miradas terrosas. Alejados de casa, el ambiente se hacía insoportable. Atrás quedaba el árbol Malato. Se distanciaban de Euskal Herria y el acento de los viajeros que entraban en el vagón se volvía más enredado, sonoro y endiabladamente rápido, con terminaciones secas y música en algunas palabras. Desconcertado, Aceituno se atusaba la perilla y trataba de acostumbrar el oído a aquellas formas tan extrañas de habla. Su cuerpo se removía con fastidio en el asiento de escay azul, le sudaban las axilas y sentía picazón en las ingles.

Después de diez horas, llegaron a la estación de Chamartín. «¡Maldito viaje!», masculló entre dientes. Desde el estribo del vagón divisó un bosque artificial de asfalto y supo que no quería seguir. Su carácter hostil se volvió por momentos más agrio y farfulló frases inconexas, como si fueran letanías de un beodo. Aspiró el aire de las chimeneas de calefacción, mezclado con un olor a frenos de zapata, y la pituitaria le respondió con un rechazo orgánico cercano a la náusea.

—Este aire está envenenado, joder —su fina nariz había saltado como un resorte, atrapando una certeza incómoda. Quiso volver antes de llegar, retroceder, no hundir sus botas en las charcas pantanosas de España.

Aturdido por la presencia de los rascacielos que se divisaban cercanos y el trajín en los andenes, no dejaba de mirar a un lado y a otro, temiendo que en cualquier momento alguien saltara sobre él para identificarlo, gritando desaforado que era Aceituno, el chico sanote y bruto que ahora luchaba con las pistolas por Euskadi y su libertad. La ciudad lo tenía apabullado con sus dimensiones de vieja Babilonia. Observó extrañado que el enjambre humano rugía sin apenas hablar, removía maletas y bultos para emprender una huida precipitada por pasillos de azulejos y fluorescentes. Sintió el mordisco de un lobo al contemplar el interior de la estación, un remolino de idas y venidas, de equipajes, gritos, despedidas, saludos y sonidos de megafonía que no era capaz de entender. Fuera se percibía un ajetreo de mar picada, cláxones de coche, edificios de aristas cortantes, gestos contagiados por la prisa, transeúntes que se cruzaban sin siquiera mirarse a los ojos. Se sintió azorado, inseguro, con un malestar que le provocaba un revoltijo en el estómago.

—¿Qué hacemos aquí, Joseba? —de nuevo le pudo el impulso de regresar en el siguiente tren. Estaba convencido de que la puerta de cristal que se abría ante ellos era la boca de una gruta, tierra ignota, un territorio maldito.

—Pediré un taxi —aclaró Argala.

Se montó a regañadientes en el asiento trasero y el taxista, un tipo de frente obstinada, piel cetrina y humor socarrón, les preguntó por el destino mirando a través del espejo retrovisor, sin dejar de mostrar una dentadura caballuna. En los labios de aquel individuo bailaba un mondadientes, y en su cara unas patillas recortadas a machete, más anchas que las de Curro Jiménez. Nadie alertó a Aceituno de que los taxistas de Madrid gastaban verborrea, igual que charlatanes de feria.

—¿Qué ruta practico con mi calesa de motor de explosión? ¿La usual o la panorámica? Para la segunda tengo descuento — la parrafada de chulapo madrileño al volante agravó aún más la fobia antiespañola de Aceituno y todas sus dudas se volvieron certezas.

—A la plaza del Callao, por favor —Argala trató de disimular el acento norteño ensayando un soniquete neutro. Al oírlo, el taxista cambió de semblante de una manera diametral y encajó aquella respuesta dentro de la hucha de propinas que le suministraba periódicamente un inspector de policía. El irritante taxista era, además de guasón, un confidente a sueldo, así que después de bajar bandera, entró en una cabina para comunicar que dos jóvenes vascos de aspecto pueblerino habían llegado a Chamartín. Y no tenían pinta de estudiantes, precisamente...

Los dos turistas ocasionales se adentraron en la Gran Vía, perseguidos por sus propias sombras reflejadas en los escaparates. Solo les resultaba familiar el reflejo de un sol mortecino. No percibían belleza ni orden por ninguna esquina, si acaso un inmenso desbarajuste de ruidos entre las siluetas puntiagudas de los edificios. Las luces de las farolas ganaban terreno a una atmósfera anaranjada, mientras la tarde se consumía. Se pararon frente a varios escaparates y todo les parecía lujoso y caro, lejos del alcance del bolsillo. Aceituno echó por la boca un par de maldiciones y Argala lo animó con golpecitos compasivos en la espalda.

—Sobreviviré, hostia —admitió con decepción. Era esquivo y tosco, no un embustero.

Reanudaron su ruta sin dejar de vigilar el entorno, extrañados de una ciudad que carecía de zonas verdes y niños por las calles, con árboles en hilera, tristes, atrapados en cemento y humo. Madrid era un lugar desconcertante para ellos y se sentían incapaces de dominar el escenario que se abría ante sus ojos. Caminaban haciendo esos, miraban a todas partes, no encontraban nada cercano o conocido. Por un buen rato, llegaron a olvidar que podían ser un blanco de la policía. La cúpula de la organización les había prevenido de los inconvenientes del acento en una ciudad donde las fuerzas de seguridad tenían obsesión con los universitarios vascos. Argala regresó de nuevo a su mutismo: observaba y memorizaba el plano urbano, sus calles, sus nombres. Más camaleónico que Aceituno, trataba de mimetizarse con el ambiente, acechar con su mirada fría los peligros que se les podían venir encima y hacer recuento mental de la ruta. Ambos poseían antecedentes penales y estaban registrados en los archivos de la policía. Aceituno maldijo en silencio las raíces andaluzas del abuelo Evaristo, que había emigrado de los jornales de miseria del campo para entrar en la fundición de astilleros, antes de casarse con una mujer vasca, la *amona* que lo había criado desde niño.

El fornido etarra caminaba como un nómada sin ruta fija, tratando de sujetar un vértigo que lo mantenía atolondrado. Una imagen fija robó su atención y se paró para observarla. El cine Callao lucía enormes carteles luminosos con figuras titánicas, a punto de saltar del panel, tanto que le pareció un rincón de Hollywood. Al contemplar aquellos colosos de cartón piedra, experimentó una sensación de cercanía a una niñez que creía olvidada. Un transeúnte con olor a tabaco de pipa tropezó con él, encontronazo que le hizo cambiar la mirada hacia el letrero de la calle. Escupió en la acera al comprobar que aquella avenida salpicada de actores famosos conservaba el nombre de José Antonio, el fundador de Falange.

—¡Me cago en la puta, aquí todo recuerda al Estado fascista!

—No parece que eso les moleste —observó Argala, que se extrañaba de no ver pintadas políticas en las paredes ni banderas en los balcones.

—Como maniquíes va esta gente, joder. Llevan unos abrigos y unas bufandas rarísimas. ¿Y los sombreros? ¿Te has fijado en los putos sombreros? Monigotes sacados de una película de Humphrey Bogart, eso parecen. ¡Vámonos de aquí, hostia!

—A mí tampoco me gusta lo que veo —Argala nunca profería tacos, se mostraba educado, amable y calculador. Estudió la decepción en la cara de su acompañante y trató de seguir el plan trazado; no parecía alarmarle lo de su compañero, pero entendía su rechazo.

—¡Y los bigotillos de *facha* que llevan! Parecen todos policías o soplones. ¡Menuda txakurrada!

—Es que algunos lo son... —esta vez Aceituno se carcajeaba sonoramente al tratar de burlarse de un tipo que se había cruzado con ellos, un cuarentón que caminaba estirado como un petimetre, con abrigo de paño bejarano, gafas ahumadas, sombrero adornado con plumilla de faisán y un bigote más rectangular que una cajetilla de tabaco emboquillado.

—Localizamos al periodista que hemos venido a controlar, le metemos el miedo en el cuerpo con un par de hostias y, luego, nos abrimos. ¡Cómo está el patio, pilotak!

—Cálmate, Aceituno. Además de dar un escarmiento al *facha* que nos insulta desde su columna, necesitamos sondear el terreno. Hay que quedarse con los nombres de las calles principales, transportes, edificios emblemáticos, cualquier cosa que nos pueda valer. Madrid puede ser un campo apropiado para nuestros objetivos.

—¡Ahí va la hostia! ¡No me jodas que nos quedamos!

—Por una temporada, así que ve haciéndote a la idea —Argala anunciaba sus planes sin renunciar a comprender la nueva realidad.

—Tanto edificio oficial, me mata.

—A mí también. Desde el taxi me fijé en unas moles en Castellana. Creo que son Nuevos Ministerios.

—He olvidado el nombre del periodista que nos está puteando.

—Alfredo Semprún. Trabaja en *ABC* y ataca con dureza a nuestra organización. Dice que somos la serpiente que envenena al País Vasco.

—¡Puta víbora españolista! —contraatacó Aceituno con el ánimo encolerizado.

Pasaron delante de una tienda Elite que mostraba en su sofisticado escaparate varios trajes de pura lana virgen. Dos maniqués con la vista extraviada lucían diseños de cuadros galeses y perfil de ventana, ante la perplejidad de los etarras. No entendían el sentido de un escaparate de etiqueta ni para qué servían aquellas ropas tan extrañas. Llenos de reticencias, se fueron abriendo paso en lo desconocido, escoltados por fachadas grises y cristales con persianas que, tal vez, escondían miradas vigilantes. La cúpula de la organización había diseñado una estrategia de acoso y escarmiento a destacados miembros de la dictadura que usaban sus tribunas para atacarles. Argala tenía razón: mejor inspeccionar el terreno y escudriñar en las entrañas de la capital.

—¿Le pegamos un tiro en la nuca, entonces? O mejor lo dejamos caer por un barranco y nos abrimos, Joseba. No aguanto yo aquí.

El aludido tosió varias veces de forma convulsiva y su cara se enrojeció como una manzana en otoño. Llevaba solo unas horas en la ciudad y ya se resentían sus pulmones con la inmundicia ambiental.

—Tienes razón, este aire está envenenado —con el cuerpo vencido hacia delante, emitía unos sonidos broncos, tratando de expectorar la polución de Madrid. La densidad del aire se le hacía insoportable.

—Hostia, ¿qué esperabas?

—Nada, pero en Arrigorriaga se respira mejor.

—¿Te has fijado qué edificio? ¡Menuda mole! ¿Cuántos kilos de dinamita se necesitarán para demolerlo? —el rascacielos de Telefónica, con su fachada neobarroca, había llamado la atención del etarra. Un coloso de granito, hormigón y hierro, dotado de oficinas y despachos para mostrar la riqueza de la empresa propietaria a futuros inversores.

—¡No seas bruto! Eso, de momento, no nos interesa. Queremos contactar con movimientos de oposición a la dictadura que

sean sensibles a la causa vasca —respondió, después de haber superado el acceso de tos y reanudado la marcha—. Hay pueblos oprimidos que padecen una falta de libertad clamorosa: cubanos, argelinos, vietnamitas. Todos suman en esta lucha de opresores y oprimidos. El capitalismo nos muerde con dientes de alimaña.

Aceituno calentó la boca de nuevo con un par de juramentos desafiantes y su compañero desplegó un callejero sobre la primera papelera que encontró, para tratar de dilucidar si la calle Sevilla quedaba cerca de allí. Pese a las quejas de su acompañante, resultaba imposible disuadir los planes de Argala, que actuaba con el instinto de un cazador en busca de rastros.

—La cita es en la cafetería Hontanares —informó, indicando a continuación el lugar escogido sobre el plano.

—Calle Preciados —leyó Aceituno en la placa—. Mejor llamarla calle Hormiguero —ironizó.

—La Puerta del Sol queda muy cerca. Vamos hasta allí. Te voy a dar una sorpresa —dobló el callejero de forma meticulosa y señaló con el mentón la dirección, calle abajo. Su acompañante seguía las indicaciones a regañadientes, sin desprenderse de una actitud huraña y preventiva.

—¡Qué poco me gusta esta puta misión!

Caminaron en silencio y sortearon una marea de transeúntes, hasta desembocar en una plaza semicircular y ruidosa, donde un gentío variopinto pululaba entre las paradas de los autobuses y la boca de metro.

—Ruge la marabunta.

—Aquí hay más gente que en las huelgas de astilleros, joder.

Aceituno alzó la vista para acostumbrarse a las dimensiones de la famosa plaza y quedó petrificado al contemplar su edificio más emblemático. No movía los labios, que permanecían pegados, solo miraba, sin tratar de enmascarar un rencor que le proporcionaba un aspecto fiero.

—¿Sabes qué es eso?

—Ni puta idea.

—La Dirección General de Seguridad, la DGS. Ahí trabajan torturadores de la dictadura para seguir alargando su poder sobre Euskal Herria. Si un día hay que volar un edificio en Madrid, yo lo acabo de elegir.

—¿Por qué venimos hasta aquí, Joseba?

—Para inspeccionar el campo enemigo. Fíjate en los puntos de seguridad —y señaló con el brazo extendido a dos parejas de grises armados hasta los dientes que paseaban por delante del edificio con paso firme y rostro pétreo—. Nuestros jefes se creen que Madrid es como Hendaya o Lasarte. No han salido de sus madriguas y desconocen que el mundo es muy grande.

—Pues alguien se lo tiene que contar, hostia.

—Esto es para reventar de indignación. Con el famoso reloj marcan las campanadas de Nochevieja y dentro de sus muros nos matan y torturan.

—¡Un atajo de hijos de puta! Eso es lo que son.

El edificio herreriano de hileras de ladrillos rojos remataba en sus zonas nobles con sillares blancos de piedra. Una torre rectangular ensartada en el cuerpo central coronaba el conjunto, marcando con nitidez los dominios del ministerio con más poder del régimen. Sus sótanos, había oído comentar, estaban plagados de mazmorras e instrumentos de tortura, capaces de hacer declarar a un tartamudo. Se entraba y ya no se salía indemne de la casa de los tormentos, un palacio entero dedicado a masacrar enemigos y sospechosos en nombre del fascismo más rancio. Argala se estremeció ante aquella imagen del poder de una dictadura y experimentó el mismo dolor de quien ha recibido una paliza, magullado por policías represores y aturrido por golpes de porra y puños. Contuvo una bola de bilis en la garganta, el reflujo de jugos abrasivos que le subía hasta la boca el veneno del desafío. Su compañero, mientras tanto, pensaba en la respuesta más eficaz que conocía, el sonido de una pistola vomitando proyectiles.

Pese a estar cerca, nada anunciaba la verdadera Navidad. Solo unas bolas de colores vivos y villancicos estridentes que salían por

los altavoces de las tiendas de moda para lucir una mascarada de felicidad.

—¡Vámonos de aquí!

—Sí. Tenemos una cita.

La amplitud de la calle Alcalá arrastraba a los visitantes al encuentro de una pareja desconocida, un matrimonio de comunistas que se iba a encargar de abrirles camino en la gran ciudad. Ambos pertenecían al PCE y actuaban de informadores para organizaciones afines como ETA. Argala consultó el reloj y calculó el tiempo hasta el punto de cita. Esta vez no se detuvieron en el trayecto.

La cafetería Hontanares se anunciaba con un letrero llamativo, letras grandes y luminosas alineadas en un rótulo gigante. Cuatro lunas tintadas asomaban a ambos lados de la puerta de acceso. Aceituno activó sus mecanismos de alarma y echó un vistazo de reconocimiento desde fuera. Sin dilación, entró en el local unos minutos antes de la hora convenida, para evitar sorpresas. No halló nada sospechoso y se sentó en un taburete giratorio, allí donde la barra hacía esquina y le permitía observar el exterior. Olía a una mezcla de café tostado, serrín húmedo y salmuera de aceitunas. Pidió cerveza y, a continuación, hizo una señal a través del cristal de que todo estaba tranquilo. Argala entró con precaución, se formó una idea general del lugar y ocupó una mesa del fondo, al tiempo que trataba de realizar un balance rápido del tipo de parroquianos que acudían al establecimiento. No mostraba signos externos de impaciencia. Miró con detenimiento hacia un par de parejas, luego a un fumador de pelo cano que parecía deleitarse con el sabor de su habano. Tampoco se le pasó por alto un grupo de abogados trajeados y varios clientes próximos a la barra que discutían de fútbol. Transcurridos 15 minutos, después de que el camarero de la bandeja le acercara una tónica, apareció por la puerta una mujer que buscaba la complicidad de una mirada o un signo confidente. Era rubia, lozana, moldeada con una belleza de rasgos celtas.

Peinaba raya muy alta y un flequillo recto a la altura de las cejas. Destacaba en sus rasgos el mentón adelantado y unos ojos claros, pequeños y desconfiados. Aceituno no distinguió si eran verdes o azules. La recién llegada vestía vaqueros de campana y una vistosa boina roja, ladeada y encasquetada de un modo original. Desprendía una imagen progre, el magnetismo propio de quien confía en sus cualidades naturales.

—Hola, soy Eva —la mujer se acercó con espontaneidad a Argala, el único hombre que le mantuvo la mirada desde que la vio entrar por la puerta. La cúpula había pasado un dossier en el que se detallaba que Eva Forest, alias la Tupamara, era una psiquiatra entregada en cuerpo y alma al movimiento castrista cubano. Aquella comunista de convicción manejaba los hilos de varios grupos de oposición franquista en Madrid. El sobrenombre era debido a su vinculación con el movimiento de liberación nacional de Uruguay, formado por guerrilleros radicales, aunque el mote derivaba del que los españoles asignaron a los coloniales independentistas, descendientes del indígena rebelde Tupac Amaru. Aceituno se removió con impaciencia en la silla giratoria al comprobar que la mujer venía sola. En la ficha que les había entregado la organización figuraba su marido, un tal Alfonso Sastre, pero resultaba evidente que, en esta ocasión, no acompañaba a su pareja. Los jóvenes vascos poseían una foto del hombre ausente en la que aparecía con barba, gafas de pera y cara de pocos amigos. Se trataba de un enemigo declarado de Santiago Carrillo, un rojo ardoroso y disidente del plan revisionista que pretendía imponer su partido.

—Mi nombre es José Argala —el vasco se identificó con su primer nombre de pila, añadiendo el sobrenombre adoptado en la organización. Un DNI falso que llevaba en la cartera lo podía atestiguar. En realidad se llamaba José Miguel Beñarán Ordeñana, pero ese nombre no convenía airearlo demasiado, y más a una desconocida.

—Me ha hablado de ti el *Pelirrojo* —su interlocutor no conocía directamente al hombre mencionado, pero había oído el mote,

dato que le tranquilizó al deducir que tenían contactos comunes. El talante de aquella mujer invitaba al diálogo.

—¿Por qué no ha venido Sastre? —el joven vasco encauzaba la repentina irritación que le producía negociar directamente con una mujer, feminista para más señas, que, según el informe, creía en el amor libre. Subió la guardia de forma preventiva, pero ella había captado su gesto de desconcierto y trató de tranquilizarle al comentar que su marido no había podido acudir debido a un inminente estreno teatral. La mujer usaba un tono de voz suave, tan melífluo que la respuesta se hacía música en los oídos atentos de Argala, poco acostumbrado a tratar con mujeres. La rubia había tomado asiento de espaldas a la calle, no sin antes desprenderse de un chaquetón de piel de vacuno con forro de paño y vistosos botones.

—¿Qué tal el viaje en tren?

—Una pesadilla.

—¿Y la impresión de Madrid?

—Desconcertante. Operar clandestinamente aquí, con tanto ajeteo y tanta gente, tiene que ser una proeza.

—No olvides que en cada esquina hay un poli o un confidente.

—Eso mismo sospechaba yo —ocultó deliberadamente que su compañero era el hombre acodado en la barra que bebía cerveza y trataba de estudiar sus reacciones. Para disimular, Aceituno se puso a estudiar la viñeta de Summers y Chumy Chúmez, pero no le sacó la gracia al chiste gráfico.

—¿Cómo está el ambiente político en Euskadi?

—Muy tenso. La dictadura humilla a mi pueblo. Mantenemos una guerra abierta contra el Estado y muchos de mis compatriotas están en el *mako*. Madrid, en cambio, parece un enjambre superpoblado en el que cada abeja atiende a su panal y se olvida del resto.

—No te fíes de las apariencias. La oposición crece despacio pero fuerte. Tiene varias cabezas operativas, bajo las que trabajan núcleos y células de pequeño tamaño. Hay muchas estructuras de barrio, de taller y de fábrica, aunque la gran masa vive despolitizada. De vez en cuando también sufrimos alguna redada.

—En Euskal Herria, en cambio, la gente va adquiriendo una conciencia social y política —alardeó. La imagen de una tierra secularmente libre se mezclaba en su cabeza con otros episodios robados a la historia reciente.

—Esto es Madrid, la capitalona, la sede ministerial, el pan de los funcionarios y el campo de maniobras de los hombres del régimen.

—No quiero mostrarme reservado contigo —clavó los codos en la mesa, acertó distancia con la mujer y traspasó sus ojos claros, superando las reticencias del primer momento—. Supongo que habrás adivinado que conozco a un sector muy determinado, a ETA V Asamblea, la verdadera dueña de la lucha armada contra la dictadura.

—Sé de qué organización me hablas —contestó serena la comunista, con un deje de autosuficiencia—. Viajo de vez en cuando a tu patria, por eso conozco de primera mano que no todos piensan como vosotros... —con el desparpajo de un ama de llaves, Eva levantó la mano para llamar la atención del camarero y solicitó con ademanes amables una copa de Rioja. Daba por descontado que la conversación no había hecho más que empezar.

—Entonces sabrás que seguimos enzarzados entre nacionalismo y marxismo, entre lucha armada o lucha de masas —aclaró el etarra con aire menos triunfante—. Esa batalla puede durar años, por eso conviene actuar además de discutir —hablaba en tono bajo y solo reanudó la conversación después de que el camarero hubo terminado su servicio—. Nos interesa Madrid como escenario de lucha.

—No es fácil arrastrar a un colectivo a la lucha armada —sentenció con tono experimentado la Tupamara, dando muestras de que disponía de un arsenal de argumentos. ¿Qué estrategia pensáis adoptar aquí?

—La de golpear duro. Golpear y volver a golpear antes de recibir la siguiente bofetada. La propaganda puede salirnos gratis si sabemos elegir bien la diana. Eso hará que los vascos confíen en nosotros.

—Si tú lo dices... —Eva conocía de primera mano que ETA necesitaba desesperadamente encontrar soluciones a la altura de sus ideales. El recién llegado parecía un buen exponente del conflicto interno de la organización.

—Para nosotros, parchear es claudicar —otro farol triunfalista al que la mujer prestó escasa atención.

—¿Quieres cenar mañana en mi casa? —La invitación pilló por sorpresa al vasco, que cambió el rictus de su cara y tensó la mirada, tratando de buscar los subterfugios de aquel ofrecimiento—. Así conocerás a Alfonso —aclaró ella para rebajar la tensión.

—Antes tengo que seguir mis planes —y pasó distraídamente el dedo por el borde del vaso de cristal—. Debo entrevistarme con representantes de OMLE, FRAP, *Felipe*...

—Traes la agenda bien repleta.

—Eva, espero que de estos encuentros salga algo bueno para mi pueblo. No pido nada para mí, pero todo para los míos. Luchamos contra una dictadura militar y somos una nación oprimida, si no puedes ayudarme, dímelo ahora, pero no juegues nunca conmigo. Ni me tiendas una trampa. Eso te costaría la vida —amenazó con los ojos encendidos, esperando descubrir un rasgo de debilidad o fingimiento en aquella mujer que le había caído bien por momentos, aunque había sido amaestrado para no abandonar jamás la desconfianza.

—No pierdas la calma. Yo soy de fiar y Madrid está lleno de oportunidades para un chico ambicioso como tú —la mujer sonrió con un afecto lejano, alejando el espectro de la traición. Por encima de sus preferencias se superpuso una duda pasajera. Su interlocutor comprendió que lo estaba invitando a entrar en su propia lucha, un espacio desconocido y atrayente, salpicado de peligros.

—Eso espero —acertó a decir.

Desde la barra, Aceituno percibía de una manera imprecisa que su compañero dominaba la situación, así que desvió la mirada, pidió otra cerveza y media ración de anchoas, y siguió hojeando de forma distraída el interior de un periódico manoseado por la clien-

tela. Su perilla recortada y su acento norteño no parecían importunar al camarero de la barra. Se detuvo unos instantes en la fotografía del Lute, un quincallero robagallinas que se había convertido en famoso delincuente por las fugas espectaculares que hacía de las cárceles. Hasta los héroes populares le parecían extraños, por eso había decidido no volver nunca más a Madrid.

—Te ayudaré en esa lucha que, al fin y al cabo, es la mía. Eso sí, no olvides que esto es la gran ciudad, no una aldea vasca. Aquí hay que andarse con mil ojos, pero es aquí donde está la caza mayor.

—Necesito que este viaje sea útil para mi organización. Un centenar de militantes está en las cárceles —esta vez no usó el término vulgar de *mako*— y se va a abrir un juicio sumarísimo contra 16 dirigentes. La dictadura nos quiere poner contra las cuerdas y su aparato represor sabe que ETA capta jóvenes vascos. El río viene tan revuelto que hay un millar de activistas y colaboradores en Francia. Más que nunca queremos golpear y defendernos.

—Aquí podrás ponerte a prueba —sentenció con una explícita invitación.

—Prefiero aplazar esa cena y estudiar mejor la situación. Busco un plan, una idea concreta...

—Me gusta tu franqueza. Otro en tú lugar se hubiera mordido la lengua —aclaró, mientras se medían la mirada.

—V Asamblea se ha quedado con la marca de ETA. Tenemos comandos armados y una estructura montada para que no nos desarticulen a pesar de que puedan caer dirigentes importantes. Necesitamos tu ayuda. Es imposible ejecutar acciones con éxito si no hay una buena planificación.

Esta vez, la Tupamara dejó la respuesta en el aire. Sus ojos claros parecían esmaltados por una agitación interior próxima al entusiasmo.